

LO ULTIMO DE HEMINGWAY

por el Dr. HANS SAHL

Nueva York

Hace ya bastante tiempo que el mito Hemingway parece exigir una revisión. Nos encontramos con un escritor ante el cual, por el año veinte, se rindió el mundo. Había traído un nuevo tono de la narración. Se trataba de un tono que, en contraste con Proust, Joyce y Thomas Mann, no impresionaba por la descripción, sino por la casi supresión de los sentimientos. Los héroes de Hemingway eran toreros, boxeadores, hombres "de una región distinta", gentes al margen de la sociedad, que tomaban sobre sí, como un deber mudo, el riesgo de la vida frente a la muerte. Característica de ellos era su elocuente callar, sus monosílabos, que tanto decían. Estaban signados por el destino, pero ya no se hablaba de ello. Se prefería hablar sobre el boxeo, sobre la pesca, sobre el esquí, sobre las carreras de caballos y las corridas de toros: y se bebía y se amaba entre las pausas de la pelea. Los héroes de Hemingway eran descarriados que en situaciones críticas habían sucumbido virilmente, siendo vencedores morales, sin embargo, como el viejo de su historia que arrebató al mar el monstruoso pez, arrastrándolo a la ribera aunque de él sólo había quedado el esqueleto.

El estilo lacónico de Hemingway, con su reiteración de la copulativa "y" —"y esto y lo otro"— y de la fórmula "entonces dijo él" y su obstinada enumeración de detalles cargados de tensión, aunque insignificante, ha encontrado muchos imitadores. Uno de los más famosos fue el propio Hemingway. Había creado un mito fácilmente aceptado por una época hastiada de literatura después de la Primera Guerra Mundial: el mito del observador de críticos lapsos, avaro de palabras, del heroico antihéroe que dondequiera que se blandía el cuchillo y corría la sangre recurría a la botella de whisky y deglutía el asco con el licor. En este estilo describió la invasión, en la que tomó parte como corresponsal y por primera vez se creyó percibir en su arte del "understatement" un falso giro del lenguaje. Este "manierismo", que empezó a opacar, más cada vez, sus grandes dotes de narrador, tendría que resistir una dura prueba con la realidad en sus últimos libros. Casi llegó a temerse que el estilo se había hecho independiente, a punto de perder su virtud de evidencia. Ahora bien, lo que era presunción pura para el lector, vino a confirmarse con la publicación de la obra póstuma de Hemingway "A Moveable Feast" (editada por Charles Scribner's Sons, New York).

Cuando en 1956 Hemingway se hospedó con su esposa Mary en el Hotel Ritz de París, pidió que le subieran de la bodega los viejos baúles que habían estado allí guardados desde hacía más de veinte años. Contenían sus diarios y notas de la época posterior a la Primera Guerra Mundial, cuando vivía en París como corresponsal de un diario canadiense. Sobre este material trabajó, con interrupciones, hasta poco antes de su muerte en 1961. Resultado de la tarea fue una colección de "short stories" de carácter autobiográfico que enfocaron el mito Hemingway a una nueva luz. "Quien de joven ha tenido la dicha de vivir en París" —escribe a un amigo— "esta ciudad no le abandonará ya nunca, dondequiera que se encuentre, pues París es una fiesta inacabable".

El recuerdo de esta "fiesta inacabable" guió su mano, treinta años después, el describir las calles y plazas del Quartier Latin en que había vivido con la señora Hadley, su primera mujer,

y especialmente los pequeños cafés de la rive gauche en los que escribió sus primeras "short stories", sobre todo la "Closerie des Lilas" en el Boulevard Montparnasse, donde, con otros "expatriados" y prominentes de la "generación perdida", tomaba su aperitivo en la última hora del atardecer y observaba el paso de los transeúntes. Pocas veces esta ciudad, a la que Paul Celan ha llamado en uno de sus más bellos poemas "la gran intemporal de los otoños", ha sido descrita por un autor americano con tanta comprensión para el peculiar estilo vital de los franceses, por su *savoir vivre*. Pocas veces también un escritor de su formato —un gran escritor como Hemingway— se ha mostrado más insensible a los aspectos espirituales de esta ciudad, se ha interesado menos por su lengua, por su cultura, por su literatura y por los hombres que en ella viven y en su espíritu se han formado.

Era, ciertamente, uno de los asiduos de la librería de Sylvia Beach, donde solía encontrarse con Joyce y Ford Madox Ford, con Gertrude Stein y Scott Fitzgerald. Pero si se exceptúa Ezra Pound, al que admiraba y quería —y sobre quien, como poeta, es asombrosamente poco lo que tiene que decirnos— evidencia para sus amigos —que demasiado a menudo transformaba en enemigos— escasa comprensión. Hemingway sorbió las ostras de París cuando tenía dinero, bebió sus vinos y licores (1), observó a los pescadores de caña en los quais del Sena, presencié las carreras de Auteuil y Enghien. Pero comparados con estas pequeñas obras maestras de prosa impresionista, son extrañamente pobres las notas sobre sus encuentros con los grandes de la época: un Joyce, un Pound, o el pintor Pascin, por ejemplo.

Ahora bien, todos saben que a Hemingway nunca le gustó hablar de literatura. Compartía esta aversión a la charla literaria con otros colegas norteamericanos, para los que escribir parece ser algo así como una secreta, casi perversa ocupación de la que sólo se habla cuando el producto ha salido de las prensas. Posiblemente hay reminiscencias aquí de las ideas imperantes en los tiempos del puritanismo, cuando ocuparse de lo "bello" se consideraba inconveniente. En el caso de Hemingway, sin embargo, se añadía al tradicional recelo, a la repugnancia a hablar de su oficio, un peculiar matiz anti-intelectual, que, como elemento del mito-Hemingway, ingresó en su obra y le hizo famoso. Lillian Ross, en su deliciosa descripción de un encuentro con Hemingway en Nueva York, cita la frase con que el gran personaje, a quien tanto gustaba representar el papel de analfabeto, quería impresionar a su editor: "Tengo que defender mi título". Le gustaba expresarse con el lenguaje de los boxeadores al tratar de cosas más sutiles. Cuando se piensa, sin embargo, lo difícil que le era escribir, el tormento que para él significaba esta tarea, especialmente en la composición de sus grandes novelas, si se actualiza, sobre todo, la visión del horrible final —la mañana en que, en su casa de Idaho, se dobló sobre su escopeta y disparó en la boca— uno se pregunta si un drama íntimo, que daba fe del "querer ser de otra manera" no encontró aquí su desenlace. ¿Se había dado cuenta de que la parábola de su virilidad sólo había sido una máscara y que entretanto también otros lo habían advertido? ¿Y quiso con este violento final de acto dar un último y supremo sentido a lo que con los recursos de la palabra parecía no lograrse ya?

¿Sería, acaso que el gran escritor, tan dado a representar el papel de hombre fuerte, a quien tanto gustaban boxeadores y toreros, no era, en absoluto, tan fuerte y viril como intentaba hacernos creer? ¿Nos encontramos, tal vez, ante una supercompensación con recursos literarios? Un crítico norteamericano de su último libro alude a la curiosa vehemencia de la reac-

(1) N. del T. En el Hotel Florida de Madrid, expuesto al bombardeo de la artillería, le encontré por vez primera. Pasé a recoger los cigarrillos que con él me enviaban desde Nueva York. Eran las once de la mañana y yo tuve que beber whiskey para acompañarle. Le habían robado los cigarrillos durante el viaje. Los que me entregó fueron adquiridos por el novelista de su bolsillo. (Se trata de nuestro traductor del alemán, don Ramón de la Serna).

ción con que habló Hemingway a Gertrude Stein cuando, en cierta ocasión, la conversación recayó sobre el tema del homosexualismo: "Intenté hacer ver a Miss Stein" —escribe Hemingway— "que cuando se es joven y se está entre hombres debe uno estar dispuesto a matar un hombre, que debe saberse cómo hay que hacerlo, incluso hacerlo realmente para no ser molestado..." El crítico americano se pregunta qué reminiscencias traumáticas de la juventud reviven en el novelista cuando escribió estas líneas. Por el respeto que debe inspirar un gran hombre, sin embargo, no quisiera uno imitar sus métodos de la indiscreción disimulada, prefiriendo renunciar a cualquier clase de presunciones y a un circunstanciado análisis de sus escritos.

La significación de Hemingway como uno de los modernos clásicos de la literatura americana no se verá por esto, en todo caso, disminuida: todo lo más el mito de rudo bebedor y la fábula de su masculinidad, que el mismo difundió y propagó ad absurdum. Por eso y a pesar de todo, "A Moveable Feast" es también una gran obra, al estar escrita por un soberbio narrador. Un maldiciente viejo evoca recuerdos de su juventud en París. Bebe con los vivos y habla mal de los muertos. Por vez postrera se hace sentir la garra del león. Pero produce ya la impresión de haber sido manicurada. ¿O era siempre así, sin que se hubiera notado?

LAS CIUDADES MUERTAS DEL NORTE GRANDE

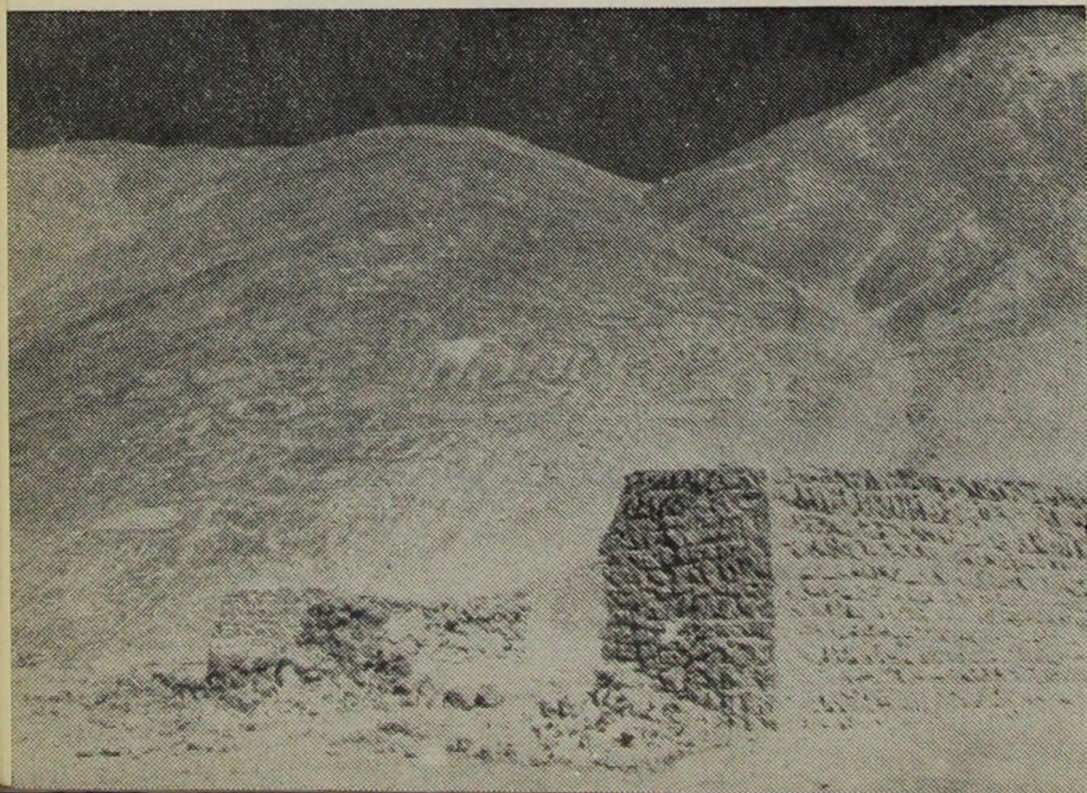
por FEDERICO GARCÍA MORALES

Del Centro de Documentación Social de la Universidad de Chile

Los conquistadores abrieron el Sur del Cuzco para la historia al tomar el camino que llevaba hacia el oro, que remontaba la puna y orillaba el desierto.

Los valles del sur, la explanada de Coquimbo, el Marga Marga y Carelmapu, dieron encarnación material al valor y al señorío. Las oscuras, nunca borradas huellas del desierto, esperaron nuevos ciclos productivos, una nueva civilización de cobre, de hierro y de salitre.

Cerros pintados, en la provincia de Tarapacá. Nótese las inscripciones en los faldeos de los cerros del segundo plano



Primero vino la plata que estaba en Potosí y en Huantajalla. Las arreas de indios para el trabajo del mercurio, los puestos de abastecimiento, los puertos de exportación y llegada, escalonaron su existencia por encima de las rutas oscuras, sobre los tambos y las huacas. Después vino el salitre. La peregrinación de noventa años de algún Almeyda, con sus mulas de agua, de señuelos y muestras. Y José Santos, con su dura ambición, amasándose en Cobija para tomar impulsos y arrestos, y llevar esas largas caravanas que fueron horadando la pampa antofagastina.

Vino la guerra del Pacífico y las tropas siguieron las luces de las oficinas: cada una, una batalla. Llegó el inglés, sus muebles de roble y encina, sus lámparas, sus pianos, su arquitectura victoriana repleta de cuadros exóticos que hablaban de conquistas recientes.

Por esos senderos se escalonaron los cementerios, con sus cruces, monolitos y guirnalda fabricadas de desechos metálicos; las carretas marcaron sus huellas, y sus grandes ruedas labradas en Bolivia, también quedaron atascadas junto a algún riel. Llegó ópera de Europa, y "niñas" del sur y chinos del oriente. Una sociedad se organizó. Soplaron otros vientos en la eco-